



Seix Barral

David Safier

Y colorín colorado... Tú





Seix Barral Biblioteca Formentor

David Safier

Y colorín colorado... Tú

Traducción del alemán por
María José Díez

Título original: *Traumprinz*

© Rowohlt Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg, 2016

© por la traducción, María José Díez, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Canciones del interior:

pág. 41: © *Imagine*, © 2010 Calderstone Productions Limited (una división de Universal Music Group), interpretada por John Lennon

pág. 43: © *When I'm Sixty-Four*, © 2009 EMI Records Ltd, interpretada por The Beatles

pág. 109: © *A-Ba-Ni-Bi*, © 1999 Warner Music Spain S.A., interpretada por El Chaval de la Peca

pág. 57, 59 y 91: © *Macarena*, Antonio Romero Monge y Rafael Ruíz Perdigones/Verlag Warner Chappell Music Spain SA/Neue Welt Musikverlag GmbH & Co. KG.

pág. 189: © *We Are the Champions*, © 2011 Queen Productions Ltd. bajo licencia exclusiva de Universal International Music BVSR 4.49, interpretada por Queen

Primera edición: octubre de 2017

ISBN: 978-84-322-3296-1

Depósito legal: B. 20.389-2017

Composición: Átona – Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correctos, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Nunca me ha gustado mucho la realidad. Siempre me ha parecido demasiado realista. Sobre todo en lo que respecta al amor. Y a los hombres.

Sin embargo, muy a mi pesar, a punto de cumplir los treinta, sigo soñando con el gran amor y con ese hombre tan especial. Durante un breve espacio de tiempo, con Bendix, confié en que eso que esperaba por fin hubiese llegado. Hasta el día en que me soltó: «¡Mierda, mi novia!».

El hecho de que en ese momento, animados por el prosecco, estuviéramos metidos en la enorme bañera de su moderno piso antiguo de Berlín no mejoró precisamente las cosas.

—¿Tienes... tienes novia? —balbucí horrorizada mientras oía que se abría la puerta de la casa.

—Sí... —me respondió, con el pánico escrito en la cara y espuma en los ricitos y en su cuidada barbita de hípster.

—Es que..., es que creía que tú y yo estábamos saliendo —farfullé.

—Oh... —contestó él asombrado.

—¿Oh? ¿Es que no tienes nada más que decir?

—Bueno...

—Eso tampoco es gran cosa.

Me pensaba de verdad que Bendix y yo éramos más o menos pareja. Nos habíamos conocido hacía tres semanas, a través de una app de citas. Me gustaron su sonrisa amable y la foto que puso en el perfil, y por su parte él —según me confesó— se sintió atraído inmediatamente por mi melena rubia, que ningún cepillo podía doblegar. En la primera cita nos pasamos la noche entera charlando, cuando terminó la segunda añadimos un beso de despedida increíble bajo la luna llena y en la tercera acabamos en la cama, con un sexo muy bueno. Y hacía escasos segundos Bendix me había mirado fijamente a los ojos, y después de muchos años yo había vuelto a sentir lo maravilloso que puede ser estar enamorado.

—En realidad no es mi novia, Nellie —aclaró Bendix.

Alguien dejó una maleta en el pasillo, una puerta se cerró.

—¿Ah, no? —pregunté confusa, y también un poco esperanzada: quizá hubiera oído mal.

—Es mi prometida.

—QUE ES TU ¿QUÉ? —exclamé.

—Mi prometida... —me repitió, y el estómago se me encogió como si quisiera anunciarme que, del disgusto, las semanas siguientes no aceptaría nada sólido.

¿Cómo podía haber sido tan tonta para creer que un hombre como Bendix se enamoraría de verdad de alguien como yo? Siendo como éramos tan distintos: él corría diez kilómetros por Berlín todas las mañanas, mientras que mi forma física sólo podría calificarse de deplorable. (Después de la primera cita pensé que debía

volver a hacer deporte, y cuando iba corriendo por el parque me adelantó un niño de doce años. Y un hombre de sesenta. Y en los últimos metros incluso un grupo de practicantes de marcha nórdica.) Bendix siempre vestía a lo hípster, con una elegancia desenfadada, y yo llevaba los calcetines desparejados cada vez que no encontraba dos iguales en el caos de mi colada. Y él era director de proyectos de Unicef Alemania, mientras que yo trabajaba de dependienta en una tienda de cómics y soñaba con ser dibujante de cómic profesional. Y al cabo de los años ese sueño seguía siendo inalcanzable. Sólo había publicado algunas historias, autoeditadas, con títulos como: *Single Woman salva el amor*, *Single Woman conquista Manhattan* o *Single Woman encuentra esposo*.

El capitán Miedo al Compromiso era tan querido por mis 84 fieles lectores que pensé en crear más personajes como él: Chico Infiel, Bad Dancer y Florian, el bárbaro.

A Bendix le gustaban mucho mis cómics, y mi sueño de querer llevar con ellos a los lectores a otros mundos no le parecía nada ridículo. A diferencia de, digamos, el noventa y nueve por ciento de las demás personas que formaban parte de mi vida, incluidos mis antiguos compañeros de Magisterio —carrera que no llegué a terminar—, que para entonces eran todos funcionarios y habían fundado familias felices. También mis padres solían decirme con regularidad cosas como: «Nellie, ¿cuándo piensas hacer algo a derechas?», «¿Es que no vas a cambiar nunca?» y «Dinos, ¿qué es lo que hemos hecho mal?». Sólo había dos personas en el mundo entero que entendían mi sueño de ser dibujante: una era Lenny, que trabajaba conmigo en la tienda de cómics y siempre estaba fumado, y la otra era Bendix. Y eso le añadía atractivo.

—¿Por qué no me dijiste nada de tu prometida?
—fue la pregunta obvia, y me temblaba todo el cuerpo, aunque el agua de la bañera seguía estando caliente.

—Se fue seis meses —susurró—. A Nigeria, a trabajar con Médicos Sin Fronteras. Y se suponía que no volvía hasta mañana.

—Ésa no es una buena explicación —repuse, y el estómago se me encogió todavía más.

—Chis —dijo Bendix, llevándose un dedo a la boca, pero era demasiado tarde. Del pasillo llegó una voz melodiosa:

—Bendix, ¿eres tú?

—Sí, Marissa —respondió.

—Creo que ha llegado el momento de que me vaya —apunté, y me apoyé en el borde de la enorme bañera para levantarme.

—No, Nellie —se apresuró a decir Bendix—. No te vayas.

—¿Que no me vaya? —dije, cuando me había levantado a medias. ¿Quería que me viera su prometida? ¿Quería confesarle que había conocido a alguien? ¿Y que quería romper con ella? Quizá la cosa no fuera tan mala, después de todo.

—No puedes irte ahora, Nellie —repitió, y volvió a meterme en la bañera con suavidad. Madre mía, así que de verdad quería que su prometida me viera. ¡Iba a dejarla por mí!—. Métete debajo del agua, Nellie.

—Eh... ¿perdona?

—Que te metas debajo del agua —repitió, al tiempo que señalaba el agua llena de espuma. Así que adiós a la ilusión de que me elegiría a mí: Bendix no quería perder a su prometida. Tenía que quedarme bajo la espuma hasta que él consiguiera echarla del cuarto de baño con bue-

nas maneras. No quería que su prometida supiera que yo estaba allí. Y por lo visto yo le daba completamente igual. Me dolió.

Lo que tendría que haber hecho es darle un bofetón a Bendix y salir de la bañera y de la casa echando pestes. Pero ¿habría estado bien?, ¿habría sido correcto? Su prometida me vería, y eso le rompería el corazón. Y el de Bendix, lo vi en su mirada suplicante. Si me metía debajo del agua, impediría que esa mujer saliera herida y a él le daría la oportunidad de salvar su relación. De ese modo, en lugar de tres víctimas sólo habría una: yo. Y si algo me habían enseñado mis queridos cómics, series y libros de literatura fantástica, de *Star Wars* a *Harry Potter*, pasando por *Los juegos del hambre*, era que lo correcto es evitarles daños y dolor a otros, aun cuando los sufra uno mismo. Así que desde el punto de vista moral lo suyo era meterse debajo del agua.

Aparte de eso, me daba pavor que su prometida me pillara desnuda en la bañera.

De manera que cogí todo el aire que pude y me sumergí. Y me acordé de *Harry Potter y el cáliz de fuego*, cuando Harry tenía que sobrevivir debajo del agua. Cómo me habría gustado que él estuviera en mi lugar. No sólo por las branquialgas que le permitían respirar, sino porque además Harry no tenía que aguantar entre unas piernas peludas de hombre. Vale, el joven mago se las tuvo que ver con grindylows, pero en ese momento yo habría preferido luchar contra pequeños y malvados demonios acuáticos.

—Creía que llegabas mañana, Marissa —le oí decir a Bendix. Bajo el agua su voz sonaba muy apagada.

—Quería darte una sorpresa —contestó ella risueña. Desde luego lo había conseguido.

—Genial —repuso entre risas Bendix, y ni siquiera debajo del agua sonó muy convincente.

—¿Pasa algo? —preguntó Marissa, que como es lógico se dio cuenta.

—¿Por qué lo dices?

—Estás muy raro.

—No, no... es sólo la emoción de que hayas vuelto. ¿Bajamos a tomar un café? —propuso Bendix. Entre tanto, yo me preguntaba cuánto tiempo podía sobrevivir una persona debajo del agua. ¿Sesenta segundos? ¿Noventa? Y ¿cuántos de esos segundos habían pasado ya? ¿Veinticinco? ¿Treinta? En cualquier caso, bastantes más de lo que me hubiera gustado.

—Tengo una idea mejor —repuso Marissa, y aunque también su voz sonaba distorsionada supe con certeza que su tono era seductor.

—¿Cuál? —inquirió él, haciendo un esfuerzo para que no se le notara nada.

—Meterme contigo en la bañera.

«No, mierda», pensé. Y este *No, mierda* que se me pasó por la cabeza le iba que ni pintado a la situación.

—Pero... pero —balbució Bendix—, estoy... todo arrugado.

—Ya me encargo yo de desarrugarte.

Yo esperaba que a Bendix se le ocurriera una genialidad. Y seguí esperando, y esperando. Me estaba quedando sin aire de forma lenta pero segura. A todas luces no se le ocurría nada, ni siquiera una estupidez. No se le ocurría nada de nada. Así que de golpe y porrazo un pie de mujer atravesó la espuma para probar la temperatura justo delante de mi cara. Abrí la boca del susto y unas burbujas subieron a la superficie.

—¿Qué es eso? —preguntó asombrada Marissa

mientras su pie se detenía a alrededor de un centímetro y medio de mi nariz.

—Me he... me he tirado un pedo —baldució Bendix.

—¿Que te has tirado un pedo? —inquirió Marissa con escepticismo mientras yo seguía mis burbujas de aire con una mirada anhelante.

—Hoy he comido en un indio —mintió él.

—¿En un indio?

—Comí algo que llevaba lentejas.

Marissa no parecía muy convencida, y mis pulmones estaban a punto de reventar. No aguantaría mucho más.

—También tenía guisantes —añadió con nerviosismo Bendix.

—Ya.

—En uno de esos bufés libres.

—No me creo ni una palabra —aseguró ella, y metió el pie en el agua. Y me dio en plena cara.

Eso no le había pasado nunca a Harry Potter.

—¡Ay, he pisado algo! —exclamó Marissa, sacando rápidamente el pie de la bañera.

—Mi pantorrilla... —probó Bendix.

No podía más: iba a tener que salir de un momento a otro. Haciendo un esfuerzo sobrehumano intenté retrasar unos segundos ese instante, pero entonces Marissa metió la mano en la bañera, me agarró del pelo y me sacó del agua sin miramientos.

—¿Por casualidad ésta también entraba en el bufé libre? —inquirió.

Es posible que la aguda réplica me hubiera impresionado, si esa mujer no hubiera estado tirándome del pelo con tanta fuerza que no pude evitar gritar. Me atraganté de mala manera. Además, me había entrado espuma en los ojos y me escocían. Me los froté para quitármela, pero

el escozor fue a más, así que busqué a tientas una toalla, tosiendo. Bendix estaba paralizado, así que fue Marissa la que me dio con una toalla en la cara. Volví a gritar, tuve un nuevo ataque de tos y tardé un rato en secarme la cara con la toalla y poder ver bien. Ante mí tenía a un bellezón de cabello largo castaño y ojos oscuros. Se daba un aire a Angelina Jolie de joven. Lo cierto es que esa mujer guapísima tendría que haberme hecho sentir muy inferior. No sólo por su belleza, sino porque había llegado a ser alguien en la vida: era doctora en una organización humanitaria, se subía valientemente a aviones desatartalados y salvaba vidas en la selva nigeriana. Y, hasta el momento, la mayor aventura de mi vida había sido volar con Ryanair a Bulgaria, a la playa de Golden Sands, donde pillé una gastroenteritis de caballo. Esa mujer era una heroína en la vida real; yo, en cambio, sólo me inventaba heroínas de cómic. Y, sin embargo, en ese momento me compadecía de ella. ¿Le resultaría muy dura la situación? Su prometido le era infiel. Y para colmo con una mujer que no le llegaba ni a la suela del zapato en ningún sentido.

Marissa vio la pena en mis ojos, pero eso sólo la cabreó más. Con una mirada que habría podido helar acero fundido en un alto horno, dijo:

—¡Sal de ahí!

No le llevé la contraria. Salí de la bañera chorreando y con espuma en todo el cuerpo.

—Y lárgate, zorra.

—¿Cómo me has llamado? —La pena se esfumó en el acto.

—Te he llamado zorra —repitió.

Quería contraatacar, pero no burdamente, soltando también un insulto. Quería decir algo agudo. Algo que le hiciera daño de verdad.

—Si yo soy una zorra, tú... tú eres una... una... una zurra.

—¿Una qué?

Por favor, ¿por qué nunca se me ocurría nada inteligente?

—Vete de una vez —me ordenó.

—¿Puedo coger mis cosas? —pregunté apocada, esforzándome por conservar una pizca de dignidad.

—No.

—¿No?

—¡No!

—Lo único que entiendo es no —dije desconcertada.

—Eso es porque es lo que he dicho. —Cogió mi ropa del suelo a la velocidad del rayo y la apretó contra sus perfectos pechos—. Es el castigo por querer quitarle el novio a una mujer.

—No me puedes echar desnuda —objeté.

—Claro que puedo.

Dirigí una mirada suplicante a Bendix, que hasta ese momento había logrado mantenerse al margen de la conversación, pues suponía, no sin razón, que, si se inmiscuía, cualquiera de las dos mujeres podría abordar el tema de quién era el verdadero culpable. Se paró a pensar un instante qué decir, e incluso abrió la boca, pero prefirió dejarlo estar y se metió debajo del agua.

—Vete de una vez —silbó la médica sin fronteras.

Me sentí un poco como si se estuviera librando una lucha entre superhéroes: Single Woman contra la Prometida del Horror. Y una cosa estaba clara: Single Woman no se dejaría vencer por semejante malvada.

—Quiero mis cosas —insistí.

—En Nigeria me he enfrentado al ébola, a los solda-

dos y a los señores de la guerra, así que no creo que me cueste mucho acabar contigo —aseguró Marissa de manera más que convincente.

¿Con quién había acabado yo en mi vida? La última vez que me peleé físicamente con alguien iba a tercero. Me pegué con el gordo de Paul, e incluso gané. Claro que le sacaba una cabeza y el pobre iba aún al parvulario. Le serviría de desayuno a la Prometida del Horror, aunque ya era por la tarde.

Mientras vacilaba, Bendix asomó la cabeza un instante, vio cómo iban las cosas y desapareció una vez más bajo el agua.

A mí se me saltaron las lágrimas, pero no quería darle a esa loca la satisfacción de verme llorar. Así que cogí la toalla, me envolví en ella y salí de la casa. Desafiante, chorreando, triste. Y desde luego no como una heroína.

Idiota de mí, cómo no me había dado cuenta. En cuanto das rienda suelta a los sentimientos, se te echa encima y los tira al suelo: la puñetera realidad.